



CAPÍTULO IX.

Casamiento de Gil Blas y la bella Antonia. Aparato con que se hizo, qué personas asistieron á él, y fiestas con que se celebró.



UNQUE no necesitaba del permiso de los señores de Leiva para casarme, juzgamos Escipion y yo que no podria escusarme, sin faltar á la gratitud, de participarles mi designio de unirme con la hija de Basilio, y aun de pedirles su consentimiento por política.

Marché al momento á Valencia, donde todos se quedaron tan sorprendidos de verme, como de saber el motivo de mi viage. Don César y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto varias veces, me dieron mil enhorabuenas de haberla elegido por esposa. Sobre todo, Don César me hizo un cumplimiento tan espresivo, que, á no estar yo persuadido de que aquel señor habia dejado del todo ciertos pasatiempos, sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria, no tanto por ver su quinta, como á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado que siempre tomaria mucho interes en mis satisfacciones, me dijo que habia oido hacer mil elogios de Antonia. —Pero, añadió con algo de malicia, y como para zaherirme sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de Séfora, aunque no me hubieran ponderado su hermosura, jamas hubiera dudado de tu buen gusto, porque sé lo delicado que es.

No se contentaron Don César y su hijo con aprobar mi matrimonio, sino que quisieron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta.—Vuelve, me dijeron, á tomar el camino de Liria, y no salgas de allí hasta que oigas hablar de nosotros; ni hagas preparativo alguno para la boda, que ese es cuidado nuestro.

Por condescender con la voluntad de aquellos señores, me volví á mi quinta. Comunicué á Basilio y á su hija las intenciones de nuestros protectores, y estuvimos esperando con la mayor paciencia que no fué posible noticias suyas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero al noveno vimos llegar un coche de cuatro mulas, con costureras dentro, que traían hermosas telas de seda para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados en mulas. Uno de ellos me entregó una carta de parte de Don Alfonso, en que me decia este señor que el dia siguiente estaria en Liria con su padre y su esposa, y que al otro cele-



UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
L. 1625 MONTEZEMOS, BURGOS

braría la ceremonia del matrimonio el provisor de Valencia. Con efecto, al otro día llegaron á mi quinta Don César, su hijo, Serafina y el provisor, todos cuatro en un coche de seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venian las criadas de Serafina, y seguido de la guardia del gobernador.

Luego que la gobernadora entró en la quinta, mostró vivos deseos de ver á Antonia, la cual así que supo la llegada de Serafina, acudió á saludarla y besarle la mano, lo que ejecutó con tanta gracia, que dejó admirada á la comitiva.—Y bien, Serafina, preguntó Don César á su nuera, ¿qué os parece Antonia? ¿Podía Santillana hacer una eleccion mejor?—No, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que su enlace será muy feliz. En fin, todos alabaron mi novia, y si les pareció bien con su vestido de sarga, quedaron aun mas encantados de ella cuando se presentó con trage ostentoso; pues segun la nobleza y desembarazo de su persona, parecia no haber usado otros en su vida.

Llegado el momento en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte, Don Alfonso me tomó de la mano para conducirme al altar, y Serafina hizo el mismo honor á la novia: en este orden nos dirigimos á la iglesia de la aldea, en donde nos estaba esperando el provisor para casarnos; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los habitantes de Liria y de los labradores ricos del contorno, á quienes habia convidado Basilio á la boda de Antonia, los cuales llevaban consigo á sus hijas adornadas de cintas y de flores, y con panderetas en la mano. Nos volvimos en seguida á la quinta, en donde por disposicion de Escipion, director del festin, habia prevenidas tres mesas, una para los señores, otra para su comitiva, y la tercera que era la mayor, para todos los demas convidados. Antonia se sentó en la primera, porque así lo quiso la gobernadora; yo hice los honores de la segunda, y Basilio asistió á la de los aldeanos. Escipion á ninguna se sentó; no hacia mas que ir y venir de una á otra, cuidando de que las mesas estuviesen bien servidas y todos contentos.

Los cocineros del gobernador eran los que habian dispuesto la comida, y ya se deja entender que nada faltaria en ella. Los esquisitos vinos de que el maestro Joaquin habia hecho provision para mí, se gastaron con profusion. Los convidados comenzaban á acalorarse, y reinaba una alegría general, cuando fué turbada de repente por un acontecimiento que me sobresaltó. Habiendo entrado mi secretario en la sala donde yo comia con los principales criados de Don Alfonso, y las criadas de Serafina, cayó de repente desmayado, perdiendo el conocimiento.

Levantéme prontamente á socorrerle, y mientras estaba ocupado en hacerle volver en sí, una de las criadas se desmayó tambien. Todos nos persuadimos que estos dos desmayos encerraban algun misterio; y en efecto ocultaban uno que tardó poco en aclararse; porque recobrando de allí á poco Escipion el uso de los sentidos, me dijo en voz baja:—¡El día mas alegre para vd. habia de ser para mí el mas infausto! Ninguno puede evitar su desgracia, añadió; acabo de encontrar á mi muger en una de las criadas de Serafina.

—¡Qué es lo que oigo! exclamé; no puede ser. ¿Cómo? ¿Serias acaso el marido de esa muger que acaba de desmayarse al mismo tiempo que tú?—Sí, señor, me respondió; soy su marido, y juro á vd. que no podia la fortuna jugarme una pieza mas ruin que presentarla á mis ojos.—Ignoro, amigo mio, repliqué, las razones que tienes para quejarte de tu esposa; pero, sea el que fuere el motivo que haya dado para ello, te ruego que te reprimas: si me amas, no turbes la fiesta haciendo público tu resentimiento.—Señor, repuso Escipion, quedareis satisfecho de mí; vais á ver si sé disimular perfectamente.

Hablando de este modo se acercó hácia su muger á quien sus compañeras tambien habian hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura, como si efectivamente hubiera estado lleno de gozo por volverla á ver:—¡Ah mi querida Beatriz, le dijo, con que al fin el cielo nos vuelve á juntar al cabo de diez años de separacion! ¡Oh dulce momento para mí!—Yo no sé, le respondió su muger, si espermentas realmente algun placer en volverme á encontrar; pero á lo menos estoy bien persuadida de que no te dí ningun motivo justo para abandonarme. Porque me encontraste una noche con el Señor Don Fernando de Leiva que estaba enamorado de mi ama Julia, y á cuya pasion favorecia yo, se te figuró á tí que yo le daba oidos á costa de tu honor y del mio: al momento te trastornan la cabeza los celos, dejas á Toledo, y huyes de mí como de un monstruo, sin dignarte siquiera pedirme satisfaccion ni escuchar mis descargos; dime ahora, si gustas, ¿cuál de los dos tiene mas derecho para quejarse?—Tú sin duda, le replicó Escipion.—Ciertamente que sí, continuó ella; Don Fernando, luego que partiste de Toledo se casó con Julia, á la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte temprana nos la arrebató, me tomó á su servicio su hermana mi señora, y tanto ella como todas sus criadas te podrán informar de la pureza de mis costumbres.

No teniendo que replicar mi secretario á estas razones, pues no podia probar fuesen falsas, cedió gustoso á la fuerza de ellas, y dijo á su esposa:—Vuelvo á repetir que reconozco mi culpa, y te pido perdon de ella á vista de este respetable concurso. Entonces intercediendo por él,



rogué á Beatriz olvidase lo pasado, asegurándole que su marido no pensaría en adelante mas que en tratarla con el mayor cariño. Rindióse á mi súplica; todos los circunstantes celebraron la reunion de estos dos esposos, y para solemnizarla mejor, se les hizo sentar á la mesa juntos: se repitieron á porfia los brindis por la salud de entrambos, y mas parecia que el festin se habia dispuesto para celebrar aquella reconciliacion que para festejar mi boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los aldeanos mozos para formar bailes con las jóvenes aldeanas, que con el ruido de sus panderetas atrajeron bien pronto á los convidados de las otras mesas y les inspiraron el deseo de seguir su ejemplo. Todos se pusieron en movimiento: los dependientes del gobernador bailaron con las criadas de la gobernadora, y hasta los mismos señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina, y Don César otra con Antonia, la cual vino despues á buscarme para que bailase con ella, y en verdad que no lo hizo mal para una persona que no tenia mas que algunos principios de baile que habia aprendido en casa de una parienta suya avecindada en Albarracin. Yo, que como ya he dicho, me habia enseñado á bailar en casa de la marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarín. Beatriz y Escipion prefirieron al baile una conversacion entre los dos para darse recíproca cuenta de lo que les habia sucedido mientras habian estado separados; pero fué interrumpido su coloquio por Serafina, que informada de su encuentro los hizo llamar para manifestarles lo mucho que de ello se alegraba.—Hijos míos, les dijo, en este dia de regocijo se acrecienta mi satisfaccion viéndoos restituidos uno á otro.—Amigo Escipion, añadió, ahí te entrego á tu esposa, asegurándote que su conducta ha sido siempre irreprochable: vive aquí con ella en perfecta armonía. Y tú, Beatriz, dedícate al servicio de Antonia y no le seas menos afecta que tu marido lo es al señor de Santillana. Escipion, no pudiendo ya á vista de esto mirar á su muger sino como á otra Penélope, prometió tratarla con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse los aldeanos y aldeanas á sus casas, despues de haber estado bailando toda la tarde; pero continuó la fiesta en la quinta. Sirvióse una magnífica cena; y cuando se trató de irse todos á recoger, el provisor bendijo el lecho nupcial: Serafina desnudó á la novia, y los señores de Leiva me hicieron la misma honra. Lo mas gracioso fué que los dependientes de Don Alfonso y las criadas de la gobernadora quisieron para divertirse practicar la misma ceremonia; desnudaron á Beatriz y á Escipion, los cuales, para hacer mas cómica la escena, se dejaron desnudar y acostar guardando gran gravedad.